CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
*A LOS SACERDOTES CON OCASIÓN DEL JUEVES SANTO 1984**

"El Espíritu del Señor, Yavé, está sobre mí, pues Yavé me ha ungido, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad de los cautivos y la liberación de los encarcelados. Para publicar el año de gracia de Yavé" (*Is* 61, 12).

Amadísimos Hermanos en la gracia del Sacerdocio:

Hace un año me dirigía a vosotros mediante la carta para el *Jueves Santo de 1983*, pidiéndoles anunciar, junto conmigo y con todos los Obispos de la Iglesia, el *Año de la Redención*: el Jubileo extraordinario, el Año de gracia del Señor.

Hoy deseo agradecerles cuanto habéis hecho para que este Año, que nos recuerda el 1950 aniversario de la Redención, se convirtiera verdaderamente en «el año de gracia del Señor», el Año Santo. Y a la vez, al encontrarme con vosotros en esta concelebración, en la que culmina vuestra peregrinación a Roma con ocasión del Jubileo, deseo *renovar y profundizar* en unión con vosotros *la conciencia del misterio de la Redención*, que es el manantial vivo y vivificador del sacerdocio sacramental, del que cada uno de nosotros participa.

En vosotros, aquí llegados no sólo de Italia, sino también de otros Países y Continentes, veo a todos los sacerdotes: a *todo el Presbiterio de la Iglesia universal*. Y a todos me dirijo con el aliento y la exhortación de la Carta a los Efesios: " ... os exhorto yo... a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados" (*Ef* 4, I).

Es necesario que nosotros también –llamados a servir a los demás en la renovación Espiritual del Año de la Redención– nos renovemos, mediante la gracia de este Año, en nuestra hermosa vocación.

2. *“Cantaré siempre las piedades de Yavé”*.

Este versículo del salmo responsorial (89/88, 2) de la liturgia de hoy nos recuerda que somos de modo especial “ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (*1 Cor* 4, l), que somos *hombres de la divina economía de salvación*, que somos un “ *instrumento*” consciente de la gracia, o sea de la acción del Espíritu Santo con el poder de la Cruz y Resurrección de Cristo.

¿Qué es esta economía divina? ¿Qué es la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, gracia que El ha querido unir sacramentalmente a nuestra vida sacerdotal y a nuestro servicio sacerdotal, aunque sea ofrecida por hombres tan pobres e indignos?. La gracia, como proclama el Salmo de la liturgia de hoy, es un *testimonio de la fidelidad de Dios mismo a aquel Amor eterno* con el que El ha amado la creación, y particularmente al hombre, en su Hijo eterno.

Dice el Salmo: “Porque dijiste: La piedad es eterna. Cimentaste en los cielos tu fidelidad” (89 / 88, 3).

Esta fidelidad de su Amor –del Amor misericordioso– es la *fidelidad a la Alianza* que Dios ha realizado, desde el comienzo, con el hombre y que ha renovado muchas veces, a pesar de que el hombre con frecuencia no haya sido fiel a ella.

La gracia es por consiguiente un puro don del Amor, que sólo en el mismo Amor, y no en otra cosa, encuentra su razón y motivo.

El Salmo exalta la *Alianza* que Dios ha estrechado con *David* y al mismo tiempo, a través de su contenido mesiánico, revela cómo aquella Alianza histórica es solamente una etapa y un *anuncio previo a la Alianza perfecta en Jesucristo*: “El me invocará, diciendo: Tú eres mi padre, mi Dios y la Roca de mi salvación” (89/88, 27).

La gracia, como don, es el fundamento *de la elevación del hombre a la dignidad de hijo adoptivo de Dios* en Cristo, Hijo Unigénito. “Serán con él mi fidelidad y mi piedad, y en mi nombre se alzará su poder” (89/88, 25). Precisamente este poder que nos hace hijos de Dios, del que habla el prólogo del Evangelio de San Juan todo el poder salvífico ha sido otorgado a la humanidad en Cristo, mediante la Redención, la Cruz y la Resurrección.

Y nosotros –siervos de Cristo– somos sus administradores. El sacerdote es el *hombre de la economía salvífica*. El sacerdote es el *hombre plasmado por la gracia*. El sacerdote es el *administrador de la gracia*.

3. “*Cantaré siempre las piedades de Yavé*”.

Precisamente ésta es nuestra vocación. En esto consiste la peculiaridad y la *originalidad* de la

vocación sacerdotal. Está *arraigada* de manera especial en la misión de Cristo mismo, de Cristo Mesías.

“El Espíritu del Señor, Yavé, está sobre mí, pues Yavé *me ha ungido*, *me ha enviado* para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad de los cautivos y la liberación de los encarcelados... para consolar a todos los tristes” (*Is* 61, 12).

Precisamente en lo íntimo de esta misión mesiánica de Cristo Sacerdote está *arraigada también nuestra vocación y misión*: vocación y misión de sacerdotes de la Nueva y Eterna Alianza. Es la vocación y la misión de los mensajeros de la Buena Nueva; de los que tienen que curar las heridas de los corazones humanos; de los que tienen que proclamar la liberación en medio de múltiples aflicciones, en medio del mal que de tantas maneras “tiene” esclavizado al hombre; de los que tienen que consolar.

Esta es nuestra vocación y misión de *servidores*. Nuestra vocación, queridos hermanos, encierra en sí un gran y fundamental servicio respecto de cada hombre. Ninguno puede prestar este servicio en lugar nuestro. Ninguno puede sustituirnos. Debemos alcanzar con el Sacramento de la Nueva y Eterna Alianza las raíces mismas de la existencia humana sobre la tierra.

Debemos, día tras día, introducir en ella la *dimensión de la Redención y de la Eucaristía*.

Debemos reforzar la conciencia de la *filiación divina* mediante *la gracia*. ¿Qué perspectiva más alta y qué destino más excelso podría tener el hombre?.

Debemos finalmente administrar la realidad sacramental de la reconciliación con Dios y de la sagrada Comunión, en la que se sale al encuentro de la más profunda aspiración del «insaciable» corazón humano. Verdaderamente nuestra *unción sacerdotal* está enraizada profundamente en la misma *unción mesiánica de Cristo*.

Nuestro sacerdocio es ministerial. Sí, debemos servir. Y “servir” significa llevar al hombre a los fundamentos mismos de su humanidad, al meollo más profundo de su dignidad. Precisamente allí debe resonar –mediante nuestro servicio– el “canto de alabanza en vez de un espíritu abatido para usar una vez más las palabras del texto de Isaías (61, 3).

4. Amadísimos hermanos: Redescubramos, día a día y año tras año *el contenido y la esencia*, verdaderamente inefables, de nuestro sacerdocio en las profundidades del misterio de la Redención. Yo deseo que a esto ayude de modo particular el Año en curso del Jubileo extraordinario.

– *Abramos cada vez más ampliamente los ojos* –la mirada del alma– para comprender mejor lo

que quiere decir celebrar la Eucaristía, el *Sacrificio de Cristo mismo*, confiado a nuestros labios y a nuestras manos de sacerdotes en la comunidad de la Iglesia.

– Abramos cada vez más ampliamente los ojos –la mirada del alma– para comprender mejor lo que significa *perdonar los pecados y reconciliar las conciencias humanas con Dios* Infinitamente Santo, con el Dios de la Verdad y del Amor.

– Abramos cada vez más ampliamente los ojos –la mirada del alma– para comprender mejor lo que quiere decir *actuar* "in persona Christi, *en nombre de Cristo*: actuar *con su poder*, con el poder que, en definitiva, se arraiga en la realidad salvífica de la Redención.

– Abramos cada vez más ampliamente los ojos –la mirada del alma– para comprender mejor lo que es *el misterio de la Iglesia. ¡Somos hombres de Iglesia!*

"Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la meta de la esperanza en la vocación a la que habéis sido convocados. *Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre* de todos, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo" (*Ef* 4, 46).

Por tanto: esforzarse "*en mantener la unidad del Espíritu*, con el vínculo de la paz" (*Ef* 4, 3). Sí. Precisamente esto depende, de manera particular, de vosotros: "*mantener la unidad del Espíritu*".

En una época de grandes tensiones, que sacuden el cuerpo terreno de la humanidad, el *servicio más importante de la Iglesia* nace de la "unidad del Espíritu", a fin de que no sólo no sufra ella misma una división desde fuera, sino que además *reconcilie y una* a los hombres en medio de las contrariedades que se acumulan en torno a ellos mismos en el mundo actual.

Hermanos míos: A cada uno de vosotros "ha sido dada *la gracia* en la medida del don de Cristo... para la *edificación* del cuerpo de Cristo" (*Ef* 4, 7.12).

¡Seamos fieles a esta gracia! ¡Seamos heroicamente fieles a ella!
Hermanos míos: El don de Dios ha sido grande para con nosotros, para cada uno de nosotros. Tan grande que todo sacerdote puede descubrir dentro de sí los signos de una predilección divina. Cada uno conserve fundamentalmente su don con toda la riqueza de sus expresiones; también el don magnífico del celibato voluntariamente consagrado al Señor –y de El recibido– para nuestra santificación y para la edificación de la Iglesia.

5. *Jesucristo* está en medio de nosotros y nos dice: "Yo soy el buen pastor " (*Jn* 11. 14).

Es precisamente El quien nos ha "*constituido " pastores* también a nosotros. Y es El quien recorre todas las ciudades y pueblos (cfr. *Mt* 9, 35), *a donde somos enviados* para desarrollar nuestro servicio sacerdotal y pastoral.

Es El, Jesucristo, quien enseña, predica el evangelio del Reino y cura toda enfermedad (cfr. *ibidem*) del hombre, *a donde somos enviados para el servicio del Evangelio y la administración de los Sacramentos*.

Es precisamente Él, Jesucristo, quien siente continuamente compasión de las multitudes y de cada hombre cansado y rendido, como “ovejas sin pastor” (Cfr. *Mt* 9, 36).

Queridos hermanos: En esta asamblea litúrgica *pidamos a Cristo* una sola cosa: que cada uno de nosotros sepa *servir mejor*, más límpida y eficazmente, *su presencia de Pastor* en medio de los hombres en el mundo actual. Esto es también muy importante para nosotros, a fin de que no nos entre la tentación de la “inutilidad”, es decir, la de sentirnos no necesarios. Porque no es verdad. *Somos más necesarios que nunca, porque Cristo es más necesario que nunca*. El Buen Pastor es necesario más que nunca. Nosotros tenemos en la mano –precisamente en nuestras «manos vacías»– la fuerza de los medios de acción que nos ha dado el Señor.

Pensar en la Palabra de Dios, más tajante que una espada de doble filo (cfr. *Heb* 4, 12); pensar en la oración litúrgica, particularmente en la de las Horas, en la que Cristo mismo pide con nosotros y por nosotros; y pensar en los Sacramentos, en particular en el de la Penitencia, verdadera tabla de salvación para tantas conciencias, meta hacia la que tienden tantos hombres de nuestro tiempo. Conviene que los sacerdotes den nuevamente gran importancia a este Sacramento, para la propia vida Espiritual y para la de los fieles.

Es cierto, amadísimos hermanos: con el buen uso de estos “medios pobres” (pero divinamente poderosos) veréis florecer en vuestro camino las maravillas de la infinita Misericordia.

¡Incluso el don de nuevas vocaciones!

Con tal conciencia, en esta oración común, escuchemos de nuevo las palabras del Maestro, dirigidas a sus discípulos: “ la mies es mucha, pero los obreros pocos. *Rogar*, pues, *al dueño de la mies* que envíe obreros a su mies” (*Mt* 9, 3738).

¡Cuánta actualidad tienen estas palabras también en nuestra época!

Roguemos pues. Que pida con nosotros toda la Iglesia. Y que en esta oración se manifieste la conciencia, renovada por el Jubileo, *del misterio de la Redención*.

**Este año el Papa envía a los sacerdotes el texto de su homilía pronunciada con ocasión del Jubileo de la Redención con el clero el 23 de febrero en la Basílica Vaticana.*

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana